

Hoja informativa n° 104 • enero 2021
De la obra solidaria que Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid)
realiza en Tamahú, Guatemala

Calma chicha

Fátima Guzmán

Siempre se ha sabido que, tras toda borrasca, suele seguir la bonanza. Y es desde ella cómo mejor se aprecian los estragos de la procela. Algo así ha ocurrido en la zona donde Fratisa mantiene su obra solidaria. En ella sigue aún muy vivo el recuerdo de los huracanes Eta y Iota que pasaron sembrando caos. Fueron muchas las personas que quedaron sepultadas bajo algún alud o que vieron cómo sus viviendas eran arrastradas por la riada. Sin embargo, ese tiempo de pánico y angustia fue relativamente corto. Tras varios días de zozobra, se recobró el



Doy gracias a Dios porque puedo comer

sosiego. Cuando menos desde un punto de vista climático. A nivel humano, la realidad fue muy otra. Al instaurarse la calma chicha, los supervivientes comenzaron a percatarse de que –salvo la vida– lo habían perdido casi todo, aunque en realidad no tuvieran casi nada. Sus sembradíos se habían anegado, sus viviendas se habían inundado y sus pertenencias se habían volatizado. Fue entonces cuando sus estómagos comenzaron a reivindicar sus derechos.

Se levantaron improvisados albergues para cobijar a los afectados. Estos, siendo en su mayoría personas muy religiosas, ahuyentaban su tedio (y su hambre) con rezos y con plegarias. A su vez, casi todos ansiaban regresar cuanto antes a sus hogares para evaluar los desperfectos del cataclismo. Desastres así no se habían vivido en los últimos decenios. Era tal su desgarramiento que hasta holgaba el lamento. Urgían soluciones rápidas para paliar los estragos de la desnutrición que, a la postre, podía resultar tan letal como la pandemia. Ante la inhibición (¿desidia?) de los estamentos gubernamentales, algunas instituciones y personas privadas se solidarizaron de inmediato con las víctimas del infortunio. No con palabras, sino con hechos. Pues bien, Fratisa tardó solo unas horas en ofrecer su apoyo económico.

das para paliar los estragos de la desnutrición que, a la postre, podía resultar tan letal como la pandemia. Ante la inhibición (¿desidia?) de los estamentos gubernamentales, algunas instituciones y personas privadas se solidarizaron de inmediato con las víctimas del infortunio. No con palabras, sino con hechos. Pues bien, Fratisa tardó solo unas horas en ofrecer su apoyo económico.



Hna. Modesta, repartiendo alimentos

Las Hermanas están aquí

Dio la extraña coincidencia de que las seis Hermanas Misioneras de la Eucaristía, por exigencias de su institución, se habían marchado de Tamahú días antes de producirse la hecatombe. Su ausencia se prolongaría durante casi todo noviembre. Sin embargo, regresaron al finalizar el mes con redoblados bríos.

De inmediato se comunicaron conmigo y en un pispás quedó decidido que antes de las navidades repararían otros 400 sacos de comida. Lo dijeron y lo hicieron.

Han sido para ellas jornadas de mucho trajín. Recibieron la visita de su Consejo General, tuvieron durante cuatro días un taller vocacional e impartieron charlas prebautismales. Pero aun con eso pudieron establecer contacto con las familias, llevando las bolsas de comida a quienes más la precisaban. Para



De bien nacidos, agradecidos

agilizar su labor, formaron dos equipos. El primero (Hnas. Felisa y Esperanza, Srta. Enma) dio preferencia a los ancianos y a las madres solteras. Recorriendo diversas aldeas, su reparto fue así: Comonhoj (5 bolsas), Onquilhá (50 bolsas), Popabaj (30 bolsas), Chiquin (30 bolsas), Calera (17 bolsas), Chimolón (18 bolsas), Jolomché (20 bolsas), Cabilhá (30) y Tamahú (10 bolsas). Por su parte, el equipo de Hna. Modesta tuvo menos recorrido, pero por lugares inhóspitos. Tanto que las Hermanas no pudieron llegar a las aldeas por-

que los caminos eran lodazales y ellas no disponían de botas. Pero todo se logró. Su reparto fue así: Panteón (50 bolsas), Panzub (88 bolsas) y área metropolitana (62 bolsas). Y ello sin olvidar que algunas familias llamaban a la puerta de sus conventos y ninguna se marchaba sin recibir ayuda. Ha sido una preparación muy linda para la Navidad. Las seis Hermanas se han sentido muy felices porque han cubierto todos sus objetivos. Y muy agradecidas a Fratisa por su generoso respaldo económico. Sorprende que todo se haya podido hacer, a pesar de los contratiempos. Los hubo.



Recibiendo los víveres a la vera del camino

De hecho, recién estrenado diciembre, supuestamente se declararon algunos brotes de covid-19 en el poblado de Tamahú, haciendo saltar las alarmas. No podía ser en peor momento, pues los indígenas de las aldehuelas serranas, aun debiendo afrontar algún contagio esporádico, se habían mantenido libres de sus nefastas secuelas. Fue grande su estupor cuando el ayuntamiento decidió confinar Tamahú. ¿Iban los caseríos a quedar del todo aislados? Aunque así se pensó en un principio, pronto se flexibilizaron los protocolos, por más

que se prohibieran los actos públicos. De nuevo se cancelaron las celebraciones eucarísticas, las catequesis y las asambleas pastorales. En cambio, se consintieron (con restricciones) los desplazamientos. Y ello permitió que las Hermanas, al alimón con el párroco, pudieran programar sus repartos de alimentos.

Es esta una labor más ardua de lo que pudiera pensarse. Exige, en efecto, una visita previa a la comunidad que se desea ayudar. Y si normalmente no resulta fácil hacerla, ahora puede antojarse titánica. De hecho, muchos caminos están cubiertos con una densa capa de lodo. Para transitarlos, se precisan botas de hule. Y para transportar los alimentos no siempre resulta útil un todoterreno. A veces se requiere tracción humana. Por fortuna nunca ha faltado el apoyo de jóvenes comprometidos que ofrecen su tiempo y su vigor para lenificar penurias



No siempre resulta fácil recorrer los caminos

ajenas. Lo cierto es que las Hermanas se han volcado distribuyendo víveres. Por lo que ellas nos transmiten, sus ayudas han logrado aliviar la hambruna, mas no resolver el problema. Será preciso que pasen algunos meses antes que se restablezca una normalidad que para ellos distará mucho de ser paradisíaca. Mas, por el momento, llenando sus estómagos, van sobreviviendo al caos.

Las cuitas de Raúl con Roberto

A quien tampoco le faltan cuitas es al bueno de Raúl. En ningún momento desfallece su espíritu de lucha, por más que a veces le sobren motivos. Hace apenas unos días nos comentaba la odisea de Roberto



Descargando los alimentos en Telemán

Cuc, para cuya familia se estaba levantando el pasado mes la vivienda n° 21 de Fratisa. Tal como consignaba entonces Raúl (Boletín n° 103, pp. 5-7), el beneficiado –para combatir mejor el frío– expuso su deseo de levantar un muro de calicanto con el material (cal y piedras) que él previamente había acumulado.

La idea pareció buena. Se contrató a un albañil para que levantara su murito de calicanto sobre

el que se colocaría después el maderamen. Mas, he aquí que de repente Roberto desapareció sin dejar huella. Tras dos días de rastrear los lugares que solía frecuentar, tanto Raúl como sus vecinos decidieron interponer la denuncia en la comisaría de Tactic. Se temía lo peor, pues Roberto llevaba años ejerciendo de borrachito. Sus melopeas eran bien conocidas en la aldea. Y como su presupuesto económico no daba para más, acostumbraba a ingerir cantidades ingentes de un méndigo matarratas que, además de envenenarle el hígado, lo tumbaba a la vera de cualquier camino.



Celebrando la Navidad en una de las aldeas

Tras las pertinentes diligencias, se supo que los bomberos voluntarios lo habían encontrado casi moribundo, en coma etílico y magullado a golpes debido a un atropello. Lo habían trasladado (más muerto que vivo) a un hospital de Cobán. Al llegar a él Raúl, no le permitieron verlo hasta que su esposa lo hubiese identificado. Y eso requirió otros dos días de espera. Al final, Roberto pareció reaccionar, aunque su organismo fuera como un mapamundi de moratones. Se le hicieron no sé cuántos análisis y pruebas que obviamente

corrieron a cargo de Fratisa. Huelga decir que, con un panorama así, la construcción de su casa ha quedado en punto muerto. Se reanudará cuando Dios (y las circunstancias) nos lo permitan. Por el momento, Roberto es un adalid de buenos propósitos. Claro que, del dicho al hecho... Lo único cierto es que Raúl le echará una soflama tan briosa como estéril. Por desgracia, en aquellos lares, Roberto no es el único en rendir culto al dios Baco.

Tamahú tiene un buen párroco

Capítulo aparte merece la labor que está realizando el párroco de Tamahú, P. Denis López. Desde el primer momento, se involucró de lleno en el programa de ayudas. Y este incluso se intensificó una vez que, a causa del reciente confinamiento, su labor pastoral debió suspenderse. Al quedar prohibida la celebración de eucaristías, se comunicó con nosotros para compartirnos su deseo de intensificar el reparto de alimentos entre las aldeas más castigadas, aunque no pertenecieran a su parroquia.

Con toda diligencia se le transfirieron los fondos necesarios para llevar a término su proyecto. Y nos ha

asombrado ver cómo cada día ha ido cargando su todoterreno con cajas de víveres para llevárselos a las comunidades más necesitadas. Hemos perdido la cuenta del número de familias beneficiadas con las ayudas. Pero ciertamente son muchas. En ningún momento ha mostrado síntomas de desfallecimiento. Y eso que a veces los caseríos atendidos por él se encuentran a varias horas de recorrido vehicular.

Me sobrecogió sobre todo el caso de Telemán. Es un municipio limítrofe, cuyo párroco (P. Mauricio Tec) le lanzó un SOS, ya que cinco de sus comunidades habían quedado incomunicadas debido a un alud que se asentó en la única vía de acceso. Un grupo de viviendas había desaparecido bajo el ímpetu de las riadas y otro había quedado del todo inundado. Su situación era muy preocupante, pues no recibían ayuda de nadie y habían consumido ya todas sus vituallas. A su párroco le sobran ganas de socorrer, pero le faltaban medios para hacerlo.

Por fortuna el P. Denis contaba con nuestro apoyo. Y este le permitió cargar su vehículo con comida y, sorteando obstáculos, personarse en Telemán para repartirla. Su esfuerzo resultó balsámico, pero no suficiente, ya que la demanda era muy superior a la oferta. Ante tanto desamparo, decidió volver de nuevo, pero con varios vehículos de doble tracción repletos de víveres. Su esfuerzo resultó providencial, pues gracias a él muchas familias (sobre todo niños) han sobrevivido al desastre.

Los jumentos gozan de buena salud

Pasadas las dos semanas de confinamiento, Tamahú ha recobrado la normalidad. Mucho lo han agradecido los feligreses, pues han podido celebrar la eucaristía navideña en la iglesia parroquial. Y ya antes había festejado Denis el nacimiento de Jesús en una de sus aldeas, donde los creyentes –arremolinados en torno al altar– no cesaban de implorar la ayuda divina para seguir sonriendo a la vida. Ayuda que, por supuesto jamás les llegará a faltar. ¡Dios nunca falla!

No quisiera terminar esa crónica sin antes compartir una estampa que me parece casi bucólica. Quizá más de un lector recuerde cómo hace unos meses (Boletín nº 99, p. 3-5), a instancias del P. Denis, Fratisa se avino a financiar la compra de dos jumentos para cargar las mercancías y los enfermos del caserío de Sesoch.

He de decir, en honor a la verdad, que no estaba muy convencida de haber acertado. Pensaba que, en un par de meses, los rucios habrían muerto por desnutrición o por desidia. Pues bien... ¡me equivoqué! De hecho, hace apenas unas semanas que el P. Denis, al visitar aquella comunidad, tuvo que hacerlo a lomos de un burro, ya que el camino era un auténtico barrizal. Al contemplarlo, mientras se acercaba a la aldea sobre el asno, no sé si pensé en Jesús cuando iba de Betfagé a Jerusalèn o en el Cid entrando triunfante en Valencia.

En todo caso, los borricos gozan de buena salud. Y eso por fuerza ha de celebrarse como excelente noticia.



La esperada entrada de Denis en Sesoch

Ayuda humanitaria - Diciembre 2020

Raúl Leal

Conforme se acercaban las navidades, iba tomando fuerza en mi mente el recuerdo de la comida que, en nombre de Fratisa, ofrecí el año pasado a los pobres de la región. Fue un evento muy entrañable donde todos disfrutaron a tope no solo por los alimentos y los refrescos recibidos sino

también por el cálido ambiente que se generó. Ha sido una lástima que este año no se haya podido repetir la experiencia. Pero nos lo impide el covid-19. Estuve varios días pensando qué podríamos brindar a las personas más desfavorecidas. El reparto de despensas estaba, por supuesto, garantizado. Mas yo deseaba ofrecerles además algo especial con motivo de la Navidad. El nacimiento de Jesús solo se festeja una vez al año. Al final, Dios me prendió un foco de luz. Y en ella descubrí –¡faltaría más!– el destello de nuestro omnipresente tamal.

Reparto de víveres

Las dos primeras semanas de diciembre el pueblo de Tamahú estuvo confinado a causa de un brote del coronavirus. Por fortuna, los contagios fueron controlados y el pueblo recobró su normalidad a mediados



Recibiendo su regalo navideño

de mes. Fue, por tanto, para el día 16 de diciembre que yo había citado a cuantos tengo inscritos, para obsequiarles con una despensa de comida. Como de costumbre, nadie faltó a la cita. Conté en esta ocasión con el apoyo de Ángela, Naomi, Zaira, Alicia, Francisca (Panchi) y mi buen amigo Giovani. También tuve la cooperación de un jovencito, que permaneció todo el tiempo junto a la puerta



Ricos tamalitos de Tamahú

para recibir y para despedir a las familias. Fue un buen equipo de trabajo, cuya ayuda me resultó muy provechosa, no solo para el reparto de las despensas sino también –y sobre todo– para lo que les deseaba ofrecer como celebración navideña.

Cada país tiene sus antojos culinarios. Y estos suelen dejarse sentir con motivo de la Navidad. Según he sabido, entre ustedes imponen su ley los turrones. Nosotros, en cambio, acostumbramos a rendir tributo a «su majestad» el tamal. Es un alimento hecho con masa de maíz, dentro de la cual se coloca una pieza de pollo o carne, sin que falte la sazón de algunos chiles o frutitas trituradas. Para nosotros es un manjar exquisito. Pues bien, quise que todos los agradecidos con una bolsa de comida pudieran saborear también las delicias de un succulento tamal. Aunque sin ningún protocolo e incluso sin sillas donde sentarse, resultó un momento cálido, pues todos



Celebrando con antelación la Navidad

agradecieron el detalle. Y más aún cuando, momentos después, les

agracié con un buen trozo de tarta. Y todo acompañado con un excelente té. ¡Era Navidad!

Daba gusto contemplar a tanta gente (se distribuyeron 160 cestas de comida) dialogando en el patio de Asumta que tan gentilmente nos había cedido su presidente, D. Vinicio Gamarro. Al principio (suele ocurrir así) la gente se sentía algo cohibida. Nada extraño, pues están poco acostumbrados a que nadie les regale nada y menos aún a que se les trate con cariño. Pero de forma gradual se fue afianzando la confianza y después de un buen rato hasta se escuchaban las bromas y las chanzas. Una vez finalizada la reunión, antes de despedirnos, todos (sin que importaran las creencias) elevamos una oración a Dios para pedirle que cuide de nuestros amigos de Fratisa, ya que gracias a ellos podremos celebrar una feliz

Navidad. Quien es pobre, sabe valorar lo que recibe.

Casa nº 23: familia Caal-Cha

A las afueras del caserío de Jolomché vive esta familia que, desde un primer momento, me ha venido inspirando ternura. Está integrada por una pareja a la que se le vienen ofreciendo despensas de víveres: Fidel Caal Tipol y Zoila Cha Pa. La primera vez que los visité, vi cómo, de su diminuta casucha, continuamente entraban y salían niños. Eso me llamó la atención. No he sido capaz de precisar su árbol genealógico. Lo único cierto es que, prácticamente hacinadas, vivían en aquel mísero habitáculo nada menos que 16 personas, casi todas de muy corta edad. Sé que no toda la prole es de Fidel y Zoila. Entre abuelas, suegras y cuñadas, creo que viven unas tres o cuatro familias juntas. Me ha dejado boquiabierto la alegría que desprende la chiquillada. Aunque extremadamente pobres, parecen felices. Ello me ha hecho pensar una vez más que la felicidad siempre brota de dentro. Son personas que transmiten alborozo. Y eso que Fidel está postrado en la cama, debido a una enfermedad que no he sido capaz de diagnosticar. En todo caso, es de índole psíquica, pues tiene extraños delirios que lo sacan fuera de sí y casi lo energuizan.



Las tartas fueron muy bien recibidas

El día convenido, a las 5:00 horas, se procedió a trasladar el maderamen desde el lugar donde se había comprado. También acarreamos la madera rolliza que mis amigos pancojenses habían traído de su caserío. Una vez conjuntado todo, se constituyó la cuadrilla de trabajadores, liderada –como de costumbre– por Alfredo. Nos pusimos sin más en marcha y antes de las 9:00 horas ya estábamos iniciando la construcción de la nueva vivienda en Jolomché.

Debo consignar que en la cuadrilla de Pancoj hay unos cinco niños que aún no han alcanzado la mayoría de edad. No les puedo prohibir que cooperen, pues para ellos más que trabajo es diversión. Siempre se les ve muy contentos. Pero en esta ocasión estaban radiantes. El motivo se debía sin duda a que unos días antes a cada uno –con el dinero que me había mandado Fátima para tal fin– yo les había regalado una muda de ropa nueva. Aunque nada me dijeran al respecto, presumo que era la primera vez que recibían un regalo así. Y sigo presumiendo que lo guardarían con todo esmero para estrenarlo el día de Navidad. Si lo hicieron, se sentirían importantes. Y hasta puede que alguna muchachita les agraciara –obviamente a su manera– con una tímida sonrisa.



La contagiosa alegría de los chiquillos

Antes de dar comienzo a la obra, había dado las recomendaciones para que los niños se mantuvieran alejados de donde íbamos a trabajar para evitar cualquier incidente. En general así lo hicieron. Pero no faltaron quienes se escaparon para estar cerca de nosotros, curioseando y peleando entre sí por los restos de alguna madera desechada, que ellos veían como un juguete potencial. En todas partes, los niños son niños. ¡Por la gracia de Dios!

Como no hubo que lamentar ningún contratiempo, la jornada resultó muy serena. Tras el receso del mediodía con su correspondiente almuerzo, reanudamos la tarea, pues nuestro deseo hubiera sido dejar la obra casi ultimada antes que comenzara a oscurecer. Los cálculos nos salieron, pero solo a medias. De hecho, estuvimos laborando hasta las 21:30 horas. Fue entonces cuando iniciamos el regreso a Tamahú. Y allí, junto al parque central, compartimos una más que merecida cena. Tras tantas horas de trabajo y con un almuerzo más bien «light», nuestros estómagos estaban en pie de guerra y comenzamos también a ver chiribitas. El churrasco nos supo a gloria bendita. Tras pagarles sus lotes de madera rolliza, iniciaron el regreso a sus hogares, donde creo que no llegarían hasta cerca de las 2:00 horas. Eso para ellos nunca ha sido problema.



Al día siguiente, con la ausencia de los pancojenses, subí de nuevo a Jolomché. Fui recibido con honores por toda la chiquillada que llevaba ya un buen rato esperándome con la ilusión de meter sus manos en mi mochila para ver si en ella encontraban alguna golosina, como realmente ocurrió. Se ultimaron los detalles, se rotuló la vivienda y se dispuso todo para hacer su entrega a los nuevos propietarios. Ellos ya de antemano habían decidido que Fidel se quedaría en la antigua casita. Y además solito. ¿Motivo? De vez en cuando le dan ataques de locura que le sacan por completo de quicio,

aventando los objetos a quien tiene más cerca. Cuando tal ocurre –no es infrecuente– a los niños se les acaban las sonrisas. Es triste, pero es real.

Nada de ello deslució el solemne momento de la entrega. Al entrar en la nueva casita, me conmovió ver que ya habían colocado las cuatro camas en sus correspondientes rincones: para Zoila, para la abuela, para la suegra y para el hijo mayor. Perfecta distribución. Entonces vi aún más claro cuán acertada había sido la decisión de construirles su casita. En ella podrán vivir más holgados y guarecerse mucho mejor del frío.

Fratista puede sentirse orgullosa. Sus esfuerzos no son baldíos. Si alguien osara cuestionarlo, que se lo pregunte a esa venturosa familia de Jolomché.

Pastoral de enfermos - Diciembre 2020

Raúl Leal

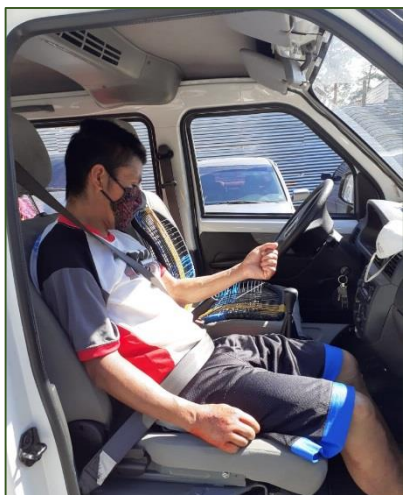
A nadie se le oculta que este año ha sido bastante anómalo. Entre la pandemia y los huracanes, casi todo se ha convulsionado. Y ello obviamente ha incidido en nuestra pastoral de enfermos. Debido al confinamiento de Tamahú, la primera quincena de diciembre no hemos tenido acceso al centro de rehabilitación al que asisten nuestros discapacitados. Por fortuna, se ha decidido que este seguirá operativo durante las fiestas navideñas para compensar las obligadas interrupciones. Aun así, nuestros enfermos han sido atendidos, pues en ningún momento han dejado de recibir sus medicinas e incluso he prodigado las visitas domiciliarias para que sintieran más cercano nuestro apoyo.

Lo que ha ocurrido queda dentro de lo normal. Todo, menos el triste caso de Roberto. Sé que Fátima ya lo ha descrito. No obstante, me parece oportuno ofrecer otros detalles para que la información resulte

más completa. Para nosotros, lo acontecido con ese señor ha revestido aires de auténtica tragedia. Nos ha traído en jaque durante un par de semanas.

El descontrol de Roberto

Cuando decidimos levantar una casita para su familia, le reconvine en varias ocasiones sobre la urgencia de moderar su nefasta costumbre de ingerir alcohol. Aunque siempre hacía un firme propósito de enmienda, yo albergaba serias dudas al respecto. De hecho, al aproximarse el momento de la construcción, pude percatarme que seguía con sus hábitos étlicos. Si bien acabé asumiendo su triste realidad, lo ocurrido con él me descolocó.



Roberto, recién salido del hospital



Uno de nuestros discapacitados, en la consulta

lo ocurrido con él me descolocó.

Su desaparición nos asestó a todos un duro golpe. La incertidumbre siempre carcome el alma. Solo tras haberlo encontrado, se supo lo sucedido. Resulta que un día, merodeando por la selva, encontró una abultada colonia de hongos comestibles y muy sabrosos. Ni corto ni perezoso llenó con ellos su talego y se fue a venderlos al pueblo de Tactic. Al ser muy apreciados en toda la región, se los compraron a la primera de cambio. Y casi todo el dinero recibido lo invirtió en una botella de aguardiente, de ínfima calidad. Algunos le vieron después dando tumbos por la vía principal. Le atropelló un coche

que –así lo hacen muchos– se dio sin más a la fuga. Al ingresarlo en el hospital, se vio que tenía una gran brecha en la cabeza, una rotura en la mano, y una convulsión en el abdomen. Por más que se le atendió con esmero, el parte médico fue que quedaría algo tarado, pues el golpe le había afectado al cerebro.



Gladys, esposa de Roberto, con dos hijos

Fueron días de ansiedad en los que su esposa Gladys lo cuidó con todo mimo por más que él no se lo mereciera. El 23 de diciembre le dieron de alta en el hospital. Pero los doctores nos advirtieron que tendría frecuentes desvanecimientos, ya que su cerebro había quedado dañado. Con tan lúgubre panorama, se le regresó a su hogar. Me consta que le dan mareos y fuertes cefaleas que de momento le impiden trabajar. Por eso la finalización de su casa se hará cuando todo se normalice. Si es que se llega a normalizar. Me da mucha pena Roberto. Pero me he convencido que las peroratas y regañinas avivan aún más sus ansias de refugiarse en el alcohol. Por eso he decidido mantenerme callado y dejarlo en manos de Dios. Ha sido una experiencia muy dura.



Leonardo, a la espera de ser atendido

Ha sido una experiencia muy dura.

La conmoción de Leonardo

Yo a ese señor no le conocía. De repente se me notificó que apenas podía moverse. Parecía aquejado por una especie de parálisis. Al indagar sobre la posible causa de su dolencia, se me hizo saber que, con motivo del huracán Eta, le entró tal ataque de pánico que acabó en un derrame cerebral. Y este le postró de inmediato en una improvisada silla de ruedas. Con toda diligencia lo trasladé al hospital de Cobán y casi de inmediato me confirmaron el diagnóstico. La situación de Leonardo era grave y muy preocupante. Necesitaba no solo pruebas y análisis sino también una terapia por vía de urgencia.



Irma Graciela

Aunque sin pérdida de tiempo se le trasladara al centro de rehabilitación, se dio la coincidencia de que —al tener 67 años— no pudo ser atendido, por las restricciones del covid. Las autoridades han decidido que, hasta nueva orden, solo se admitan como pacientes a quienes no superen los 60 años. Quedamos, pues, a la espera de que nos den luz verde para iniciar las terapias de ese buen señor que por el momento solo puede lamentar su desventura. Es un caso bastante triste. Los propios doctores y terapeutas tienen muy claro que las terapias deberían aplicarse cuanto antes. Pero no lo pueden hacer. Lo tienen prohibido.

El viacrucis de Irma Graciela

La situación de Irma Graciela Can Cucul (35 años) dista mucho de ser halagüeña. Se me notificó que estaba muy afectada por la diabetes y que la medicación recetada no le hacía efecto alguno. Ella había acudido al Centro de Salud local, donde fue muy bien atendida,



Los nuevos gemelos son bienvenidos

pero quizás muy mal medicada. De hecho, cada vez iba sintiéndose peor. Por tener varios niños de corta edad y por estar su esposo trabajando en Honduras para el corte de café, me dio mucha lástima el desvalimiento de esa mujer. No tenía quién velara por ella.



Raúl, visitando a una enferma

Me hice cargo de su problema, trasladándola al hospital de san Cristóbal (casi dos horas en coche). Tras los análisis de rigor, se supo que, además de diabetes (su nivel de azúcar era de 300), estaba aquejada de una severa infección urinaria y padecía glaucoma, por lo que no cesaba de ir perdiendo vista. Fue internada en el hospital, donde sigue bajo observación clínica. Ella está muy agradecida por nuestros desvelos. Espero que, con la ayuda de Dios, pueda reponerse pronto. Sus niños la reclaman. Le he comprado una nueva medicación y esta parece que sí le está surtiendo efecto. ¡Primero Dios!

Una esperanzadora rutina

Por lo demás, todo sigue su curso. Y eso siempre ha de verse como buena noticia. De hecho, el centro Fundabiem se mantiene abierto durante las fiestas navideñas. Unas semanas hago dos viajes y otras

tres. El reparto de leche pediátrica parecía haberse atemperado, pues los bebés inscritos en nuestro programa habían cumplido ya los seis meses de edad. Sin embargo, hace unos días me han notificado que en Onquilhá dos señoras han alumbrado a gemelos. Tenemos, pues, garantizada nueva clientela.

Quiero recalcar que, aunque debamos asumir las restricciones, nuestros enfermos siguen siendo atendidos. Los epilépticos jamás se quedan sin sus medicamentos, aunque a veces tenga que entregárselos en su domicilio. Así aprovecho para hacerles un seguimiento. He prodigado también las visitas a diversos enfermos, que agradecen mucho tal atención. No es habitual que las personas postradas por alguna enfermedad reciban visitas de extraños. Aunque a mí cada vez me sienten más cercano.

Para evaluar mejor lo que estamos haciendo por nuestros enfermos y discapacitados, ofrezco el siguiente recuadro.

ACTIVIDADES	TOTAL	DESCRIPCIÓN
Discapacitados	13	Asisten a Fundabiem
Epilépticos	11	Reciben medicamentos
Neurología	01	Exámenes y consultas
Traslado a hospitales	07	Pacientes y familiares
Leche pediátrica	06	Gemelos y otros bebés
Extracción de piezas dentales	02	Dos piezas a Alfredo
Otros	01	Ingreso al hospital
Desnutrición y tratamiento	04	Niños y bebés

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

¡Ay, Señor, cómo van pasando los años! Hace nada de tiempo empezamos a operar en Guatemala a través de Fratisa, y ya nos vamos acercando a los nueve años. Han sido varias las actuaciones llevadas a cabo pero quizá la más profunda es la que ahora tiene lugar en Tamahú como podemos ver a través de los informes que desde allí recibimos. Tenemos que



estar sumamente satisfechos por la labor que se realiza mediante la colaboración personal de cada uno de los miembros de Fratisa, como estará contento el Niño Dios que estos días traemos a nuestro regazo. Él, a pesar de ser el Hijo de Dios, llegó como muchos de los niños a los que ayudamos por Tamahú; a Él y a los niños hubo que buscarles un cobijo donde refugiarse del frío, alimento para que venzan los primeros meses de vida, ayuda a las familias que apenas disponen de un zurrón con algo de pan como se encontrara José al cobijarse en la cuadra y tener que acostar al Niño entre la paja. Han transcurrido más de 2.000 años y no han cambiado demasiado los problemas al respecto. Casi podemos decir que ahora se han incrementado. Contemplando «La adoración de los Pastores», del taller de Zurbarán, meditemos, pensemos los porqués de esta miseria que se extiende por el mundo entero, elaboremos en nuestro interior al menos lo que nosotros podamos aportar y hagamos lo necesario para llevarlo a cabo. Ese es el camino que debemos recorrer desde el nacimiento hasta el momento del tránsito al más allá. El Señor nos lo tendrá en cuenta.

Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.

Nombre _____ **Teléfono fijo** _____
Móvil _____ **Fax** _____ **Correo-e** _____
Dirección _____ **nº** _____ **Piso** _____
Localidad _____ **CP** _____ **Provincia** _____

Cuota de socio _____ **€ (mínimo 10 € mes)**

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____

Cuota: Mensual; Trimestral; Semestral; Anual; donativo único

Titular de la cuenta _____

También puedes hacer tu donación ingresando en la cuenta abierta a nombre de Fratisa en Deutsche Bank, Bravo Murillo 359, de Madrid
Iban ES27.0019.0353.5440.1004.1772